

los mandarines de la palabrería y tergiversadores de la ética y de la razón.

Ignoro si *A ras del cielo* se presentará fuera de la Comunidad Valenciana. La fronterización de nuestras Comunidades Autónomas es uno de los grandes males del teatro español contemporáneo. Un teatro que, además de merecer en muchos casos ser conocido por todos, podría desempeñar un importante papel en la aceptación y el encuentro enriquecedor de las Comunidades, en la creación de una Cultura democrática de la España plural, frente a la opción, castradora, entre los nacionalismos locales y el nacionalismo españolista.

*Patético jinete del rock and roll*, de JESÚS CAMPOS GARCÍA. Premio Tirso de Molina 2001. Edición de IN Cultura Editorial. Madrid, 2002.

A menudo, la condición humana se expresa en historias pequeñas que consiguen, sin embargo, ser significativas, desvelar sentimientos, ideas e imaginaciones que, aun perteneciendo al espacio existencial de personas concretas e incluso aparentemente pintorescas, nos colocan ante preguntas fundamentales para toda la especie. Obras que consiguen romper el muro del artificio, para, sin salir de la ficción y la invención que son propias del arte teatral, situarnos en un espacio humano, donde el tiempo, la soledad, la comunicación, la memoria, la decrepitud, o la muerte tejen un drama tanto más creíble cuanto menos fantasioso. Al final, siempre acaba uno sintiendo que nada más extraordinario que entrar en la condición humana, ni más falaz y banal que sustituirla por el charloteo intelectual o las abstracciones culturales. Esas abstracciones que, pongamos por caso, permiten a una serie de personas seguir hablando de las guerras actuales como si se tratara de dar jaque al rey con seres humanos disfrazados de humildes peones de ajedrez.

Más allá del teatro, frente a la deshumanización de la civilización de nuestros días, donde,

definitivamente, los seres humanos sólo valen lo que producen y lo que consumen, y, por tanto, pueden llegar a tener un valor ínfimo o no pasar de fastidiosa carga para el sistema, todo lo que huele a “rehumanización” de la mirada con que observamos el mundo empieza a ser conmovedor. Palabra esta última, ya sé, que da a mi comentario cierto aire anacrónico o estrafalario, pues hoy toca hablar de las “armas de destrucción masiva”, o de la “redefinición de Oriente Medio”, o de la “prevención mortal e inmediata contra el posible enemigo”, o del goteo de muertos palestinos, sin ver detrás de tales palabras un solo rostro humano, como si todo pudiera contarse y medirse en términos de pérdidas o ganancias, a ser posible delante de las cámaras de televisión. A fin de cuentas, parece que el mundo que estamos destruyendo –con millones de muertos de hambre o desnutrición que constituyen el verdadero “pan nuestro de cada día”– valiéndonos de las armas más sofisticadas, no es el nuestro, el de los humanos, sino otro poblado por fanticos agresivos y virtuales.

Imagina Jesús Campos en su obra a dos personajes, padre e hijo, de 90 y 70 años, que encaran su decrepitud y su soledad, sin abandonarse a las lamentaciones ni, lógicamente, eludir su realidad. De la relación entre ambos personajes, de su distinta personalidad, de su esfuerzo por vivir “con normalidad” una situación minada por los recuerdos y la inescusable impotencia del presente, surge una obra en la que no hay, en pureza, ni conflicto ni acción dramática al uso, pero que consigue hacer del tiempo y de la conciencia personal de su fugacidad una materia de primer orden. El drama se rompe y renace una y otra vez, discontinuo, y, sin embargo, nunca anecdótico, porque detrás de cada situación mínima está siempre la voracidad del tiempo ante la que nuestros dos personajes, sin perder la dignidad, sin refugiarse en ninguna doctrina apaciguadora, sin echar balones fuera, intentan, simplemente, vivir. Campos ha escrito muchas obras en la que ha imaginado “lo que no está en los escritos”. Quizá esta vez, volando aparentemente menos, es cuando ha llegado más lejos.